

La vida es en su curso
 Dolor y sufrimiento,
 Es continuo tormento
 Y cruda adversidad;
 Y el fruto con que al menos
 Nos brinda la esperanza
 ¡Oh jóvenes! se alcanza
 Sembrando caridad.

Seguid infatigables
 De caridad la senda,
 La mas pequeña ofrenda
 Grata siempre será
 Al infeliz que solo
 En vuestro amor confia
 Para esperar que un día
 Su dicha brillará.

Buscad, buscad amantes
 Do quiera al desgraciado,

Y al niño abandonado
 Que gime en orfandad:
 Y del Señor del cielo,
 El de bondad inmensa,
 Segura recompensa,
 Tranquilas esperad.
 Porque él, que os mira tiernas
 Buscar al infelice
 Del pobre á quien bendice
 Siempre el ruego escuchó;
 Y jamás una madre,
 Jamás un inocente
 Al cielo inútilmente
 Su oracion dirigió.

Abril 8 de 1851.—Francisco Gonzalex Bocanegra.

FLORINDA.

SONETO.

Cuando la tierra de gayadas flores
 Se cubre alegre en la estacion hermosa,
 Sale Florinda á la ribera ondosa
 Sembrando risas y cogiendo amores.

A su mejilla y labio dan colores
 El purpúreo clavel, la blanca rosa,
 Y balsámica el aura sonora
 Acaricia sus rizos tembladores.

Con el gozo pintado en el semblante
 Llega tímida al pié del verde otero
 Donde la espera su rendido amante....

El la estrecha en sus brazos placentero,
 Y en la frente le imprime palpitante
 El dulce beso del amor primero.

VICENTE SEGURA.

JUGAR CON DOS BARAJAS.

(Crónica contemporánea.)

Por Eusebio Romero.

(CONTINUA.)

V.

TEN CON TEN.

Poco antes dijimos que Concepcion se empeñaba en una lucha comprometida y azarosa: vamos á explicarnos.

El paciente lector está ya impuesto del motivo que determinó á Concepcion á engatusar, como vulgarmente se dice, al candoroso Eduardo, con el cual mantenía una correspondencia amorosa tanto mas grata cuanto que, menos embelesada que él, podia manejar ella con táctica y á su sabor el cetro que ponía este accidente en sus manos; pues en amor, hartó sabido es que el papel de víctima está por lo comun destinado á la mas leal de las dos partes.

Pero en el curso de sus amoríos, la práctica la había enseñado á mirar á los hombres con recelo, y á ponerse á cubierto de los funestos efectos, es decir del ridículo que acarrea la versatilidad varonil, á efecto de lo cual tenia ella la costumbre de admitir un segundo empeño, por via de precaucion, al que hacia seguir las mismas fases que alternativamente presentaba el primero: de manera, que si este descubria los caracteres de un petardo, substituyéndole oportunamente con el otro se libertaba del papel bochornoso de chasqueada.

Conocemos una voz francesa que la ma-

lignidad se ha salido con hacer adoptar por la real Academia española y que no dejará el honrado lector de querer aplicar, con motivo de lo que dejamos enunciado, á nuestra recomendable heroína; pero séanos licito decir en honra suya que entre los manejos de una mujer que procura por vanidad agradar á muchos y los procedimientos de una mujer que procura ponerse á cubierto de chascos pesados, hay una diferencia palpable.

Desde la noche aquella en que aguardando Concepcion á su amante habia sido sorprendida por una declaracion amorosa nueva é inesperada, altercaban en su mente dos pensamientos capitales.

Aceptar lisa y llanamente hasta donde la prudencia lo permitiese la situacion á que la condujera el curso natural de los acontecimientos, de acontecimientos á que no habia dado ella lugar en lo mas mínimo, era simplemente dejarse llevar por una senda desconocida, sí, pero que debia segun todas las probabilidades, ofrecer novedades, y acaso tambien provecho; era por otra parte obrar conforme con sus principios de saludable precaucion.

Pero burlar la buena fe y confianza del hombre de quien recibia homenajes respetuosos, leales y fervientes, precautelarse sin el menor motivo fundado, de un amante en quien ejercia el mas absoluto

dominio, era un proceder tanto menos justificable cuanto que la exponia muy seriamente á perder el fruto de sus empeñados trabajos, es decir la esperanza de salir de su tedioso solterismo, de llegar á mandarse sola, de tener su casa y su familia, y todo esto en cambio de sabe Dios qué expectativa de tormentas é infortunio.

Luego tambien, ella queria á Eduardo, y le queria por conveniencia primeramente, por vanidad después, y por la fuerza del hábito últimamente. El "otro" no era bien á bien mas que un aparecido por una feliz casualidad, el cual no era fácil determinar el provecho que daria.

¡Bien, muy bien!
Pero y si, como era sumamente probable, casi indisputablemente cierto, Eduardo habia visto al hombre al pié del balcon, á la dama escuchando, si no cambiando con él, palabras que ningun enamorado hubiera creído inocentes.... ¡Ay Dios! si Eduardo habia juzgado infame veleidad lo que á todo rigor no habia sido mas que una imprudencia.... una imprudencia.... inocente.... Cómo, si no, habia interrumpido las visitas diarias, él que siempre decia con una verdad que los hechos comprobaban, que no contaba la vida sino por los deliciosos momentos que pasaba al lado de su preciosa Conchita....

Pudiera creerse que el tiroteo se lo habia impedido.... ¡pero no! El jueves casi no habia habido nada en toda la mañana, el viernes habian estado suspensos hasta después de las doce del dia los fuegos, el domingo no habia ocurrido novedad sino hasta las tres de la tarde....

¡Oh! sin remedio él estaba enojado, sentido; sin remedio estaba determinado á dejarla plantada... y ella.... ella, con una conducta equívoca mantendria definitivamente cerca de sí al pretendiente nocturno, para obrar segun conviniera.

A pesar de su resolucion, á pesar de sus vehementes deseos, Eduardo no habia estado á ver á su amada el dia del referido gaudium, por una razon sobre manera sencilla.

La intemperancia á que, como los demás convidados, él tambien habia dado rienda suelta, le puso en tal estado á la conclusion del banquete, que no hubiera sido ni provechoso ni prudente presentarse así en casa extraña.

Dejando, pues, para mejor ocasion la visita proyectada, juzgó Eduardo mas conveniente por entonces gastar el dia en dormir la zorra al dulce arrullo de las balas de fusil y de cañon que con desaforado afan disparaban los fieles y denodados defensores del gobierno.

Empero al dia siguiente, el enamorado jóven, hechos los aprestos necesarios de cuerpo y alma, plantóse de liso en llano en la calle, á despecho del enérgico tiroteo que desde muy de mañana sostenian las fuerzas beligerantes.

Deslizóse por dentro del portal de Tlapaleros é hizo alto en la esquina del de Agustinos y Mercaderes. ¡Ay! No eran entonces aquellos tiempos felices en que el venturoso don Antonio de la Torre, embutido en su modesto nicho, nicho histórico, solozaba su vista, su espíritu y su bolsillo, todo á la vez, con el flujo y reflujo de los transeuntes, con las doctas pláticas de los Cortinas, Peredas y compañía flor y nata de la literatura, de la diplomacia, de la parlería en fin, y con la incesante afluencia de compradores. A la sazón la guerra civil tenia desterrados, encerrados en sus casas á los ilustres miembros de aquel famoso cónclave que con frecuencia se agrupara en mejores épocas

junto á la celdilla de don Antonio de la Torre!

Eduardo hubiera querido de buena gana poder tomar á la izquierda por el portal de Mercaderes, el Empedradillo, las calles de Santo Domingo hasta la gaita de Guadalupe; ó bien por el rumbo opuesto, dejarse ir por las Monterillas, los Bajos de San Agustin, la Joya, Puente de la aduana, San Jerónimo, Necatitlan, derecho derecho hasta la nauseabunda é invadible acequia.... aunque hubiese empeñado su vida en el camino.

¡Cuanto no hubiera él dado por sentirse plenamente convencido de que ya no le amaba ella, ó de que positivamente amaba tambien á otro! ¡Y sin embargo, es muy probable que hubiese muerto de rabia, de humillacion si por un momento, por un solo momento, hubiera tenido la conciencia de su afrenta!

Bregando consigo mismo y cavilando en los inconvenientes de su regreso á la casa de su amada, pasó el enamorado la Diputacion, el portal de las Flores, la calle del Volador y Meleros, torció para la del Puente del correo mayor, torció de nuevo á la izquierda y de repente encontróse no ya tan solo en la calle de la Moneda, sino lo que es mas, frente á frente del fatídico número 4.

—¡Ay! exclamó el pobre amante, y atravesó dentellando el umbral de la casa.

Eduardo saludó entre dientes á las personas que se presentaron á su vista en la pequeña sala de la casa.

Eran estas una señora de cuarenta años, enjuta, de rostro largo y, por beneficio de los cosméticos, colorado y relumbroso, nariz remilgada, ojos que conservaban el calor de un fuego gastado pero no extinguido todavia, y pelo rubio: la otra venia á

1 En Méjico hay calles que en cada acera tienen distinto nombre.

ser una costurera, aya de la niña, criada de confianza ó semi-amiga de la familia, una de esas personas en fin, que logran engatar á sus amos, hasta el punto de hacerse dueñas de la honra de las madres, de los padres y de las hijas sin que la tierra lo sienta.

—¡Hola, Eduardito! dijo la señora al ver al jóven.

La costurera murmuró una docena de vocablos al oido de su ama.

Eduardo no oyó las palabras de bienvenida de la señora ni reparó en la accion de la criada; pues de súbito hirvióle la sangre en las arterias, zumbáronle los oidos y sintióse como si un vértigo le acometiera.

Levantóse luego maquinalmente y á riesgo de dar consigo en tierra, del asiento en que estaba, para saludar con estúpida amabilidad á una señorita que se presentaba en la sala, niña de diez y seis años, regularmente formada, en cuanto se podia juzgar por encima, no mal parecida y de gallarda apostura.

Al clavar esta en Eduardo sus ojos hermosos, sus rasgados ojos pardos, pudo haberse adivinado en ellos, con el auxilio de una perspicacia refinada, emocion, sorpresa, incertidumbre; pero esto fué tan rápido, tan fugaz, que nadie hubiera ni aun sospechádolo al observar la esperanza que vino á posarse en su expresiva fisonomía.

—¡Qué milagro! dijo asomando á sus frescos, encarnados y finos labios una sonrisa inefable, sonrisa que hizo trasudar á Eduardo.

—¡Conchita!.... tartaleó el atarantado mancebo.

—Mamá, prosiguió Concepcion manifestando en su rosado rostro un extraordinario contento, vamos haciendo una raya en el pozo.

—¡Quién sabe por donde sopla hoy el

viento! contestó la mamá con acento zumbon.

—Por donde siempre, señorita, repuso Eduardo tomando las palabras en el sentido metafórico que les daba la mamá

—Ya creíamos que se había usted muerto ó ido, dijo Concepcion buscando con los suyos en los ojos de su amante una señal de tierna inteligencia, algo por lo menos que pudiera servirle de norma en su conducta.

¡Cosa extraña! La cara del jóven revelaba enojo; y en efecto él, cediendo á la primera impresion que acometiera á su mente, se mostró enojado tan maquinal é irreflexivamente, como se hubiera mostrado contento.

El hielo del desaliento se infiltró en las arterias de Concepcion, en terminos que cualquier observador, menos el amante, habria echado de ver en su semblante que algo nuevo y desagradable pasaba en el fondo de su alma.

—Pero sea lo que fuere, prosiguió ella, me acompañará usted, ¿verdad, mamá? á casa de Tonchita, aquí, á un paso.... La pobre me está aguardando desde ayer.... No hay tiroteo por la Santísima... Voy á acabar de vestirme.

—¿Y qué novedades nos trae usted, caballero? preguntó la mamá después de haber otorgado de cabeza, y cuando en virtud de esto se hubo ausentado su hija.

—Primeramente, señorita, mi viaje.

—¿Qué me dice usted! exclamó la señora, mirando asombrada á Eduardo.

—Sí, me voy en la diligencia que sale en la madrugada del viernes; vengo á despedirme de usted, y....

—¿Con que!... Me ha dejado usted con la boca abierta...

—Me han escrito de mi casa que hago allí falta, que precisa que vaya pronto....

—¿Vaya, vaya!.... Y dígame usted, ¿es

cierto que en la Profesa han matado hoy á un español, mentado Guadarrama?

—Sí, señorita. Un soldado apostó desde la puerta principal de Palacio, á que lo *doblaba*. Le apuntó estando Guadarrama en la torre de la Profesa, y le pegó el balazo. Recibió la apuesta y un ascenso; pero á poco después, por querer ganar otra apuesta, lo *doblaron* de la Profesa á tiempo que le apuntaba á otro polco.

—¿Qué tal!... Y ¿no sabe usted que Rangel ha *pescado* á la buena maula de Pedraza, hoy al ir á Tacubaya?

—No, señorita.

—Pues sí señor. ¿Y el general Rangel, ya sabe usted quien, que se ha encaprichado en fusilarlo! Dicen que van sus amigos á echar de empeño á Trigueros, para sacarlo del apuro. Y si Trigueros, que es el ojo derecho de don Antonio, y que tanto considera por eso Rangel, no le vale....

La locuaz interlocutora acompañó sus últimas palabras con un gesto, semejante al que hacian en la revolucion de 1793 los jueces del pueblo que instituian sus horribles tribunales en los montones de cadáveres.

—Cuando usted guste, dijo Concepcion, presentando su linda figura en la sala, y haciendo un mimito, un gestito capaz de sacar de sus casillas al mismo Diógenes Laercio.

¡Oh! ¡Cuán bella, cuán pasmosamente seductora estaba en aquel momento á los ojos de su embelesado amante, aquella criatura querida! Jamás, no, jamás le habia parecido tan soberanamente linda como entonces, después de tantos dias, ó acomodándonos al hiperbólico lenguaje de los enamorados, después de tantos siglos de ausencia. Pero tambien, debemos confesarlo en descargo de nuestra conciencia,

jamás habia la jóven consultado con tanto escrúpulo su espejo, ni estudiado con mayor aplicacion el efecto de las gracias, pocas ó muchas, chicas ó grandes, que le diera el cielo.

No nos atreveremos nosotros á describir su traje ni su peinado, pues no lograríamos dar una idea de lo bien que todo estaba calculado para el objeto, con decir que vestia un *túnico* (vestido) oscuro y gayado, calzaba un zapato negro de raso, muy ajustado á su precioso pié, etc.

Eduardo presentó su brazo á la soberana de su corazon, y seguidos de la criada de confianza, se plantaron los enamorados en la calle.

Fuése por lo corto de la distancia que mediaba entre la casa de donde salian, ó por otro motivo que nos interesa muy poco determinar, no pasó entre los amantes cosa que merezca la pena de ser aquí relatada mientras caminaban por la banqueta de las calles que van á la de Bancogas, en un entresuelo de la cual se entraron.

VII.

El martes 9 de marzo del año de 1847, dia de santa Francisca, viuda romana muerta en 1440, hablando de la cual dice el bonazo de Baillet que la traslacion de sus huesos, encontrados doscientos años después de su fallecimiento, tuvo que hacerse en secreto por temor del peligroso celo del pueblo, este dia pues, recordarán nuestros lectores que como á las cinco de la tarde hubo un ruidoso combate, más ruidoso que sangriento, en la calle de la estampa de Nuestra Señora del Refugio, entre *polcos* y *pueros*, á consecuencia de haber intentado los primeros tomar por sorpresa la batería de los segundos situada en la esquina de la Diputacion.

Buenas ó malas lenguas refirieron en a-
Tom. II.

quel tiempo que el único intento de los *polcos* habia sido apoderarse del cañon que allí tenian las tropas del gobierno, para lo cual habian de antemano cohechado al oficial que mandaba el punto; y aun no faltaron gentes que aseguraran que un extranjero oficial de las tropas del ejército mejicano se llegó á comprometer á entregar, mediante una buena propina adelantada, el parapeto con todo y destacamento, pero habiendo faltado á su promesa se desapareció de Méjico desde el mismo dia del tremendo combate.

Como quiera, el hecho es que algo hubo de muy malicioso en el repentino ataque de los unos y en la floja defensa de los otros, tanto así que á no haber intervenido don Miguel María Echagaray, de presumirse es que los pronunciados hubieran logrado poco mas ó menos sus miras.

Y entonces, ¡Jesús nos valga! el aspecto de las cosas hubiera cambiado notablemente, porque los *polcos*, dueños que hubiesen sido de un parapeto enemigo que los plantaba muy lindamente en el centro de las posiciones de los *pueros*, habrian sin duda, bajo la inteligente direccion del generalísimo Matías Peña y conducidos por el insigne literato D. José Gómez de la Cortina, habrian, decimos. . . tocado retirada á sus pacíficos domicilios, cargados, abrumados de la admiracion del universo. Por seguro tenemos que en cualquier caso no hubieran sido ellos, ni tampoco sus contrarios, los que habrian derramado sangre humana.

¡Y bien sabe Dios las ganas que de verle el fin al cuento tenian no solamente los dos bandos contendientes sino tambien la generalidad de la pobre poblacion de Méjico!

Pero desdichadamente para todos estaba escrito en el misterioso libro de los destinos que la obra del filósofo Gómez, el vo-
P.—9.

ciferado pronunciamiento del 27 de febrero no debía llegar á su terminacion hasta el 21 de marzo, dia en que los repiques de todas las campanas y las salvas de todos los cañones de la capital del distrito federal anunciaron á POLCOS y PUROS la llegada del general D. Antonio López de Santa-Anna.

Era de verse y de describirse el pasmo con que los habitantes de Méjico llevaban sus pasos hácia la plaza de la Constitucion, adonde los llamaba la curiosidad de ver desfilar algunos centenares de engolondrinados lanceros, y de oir en la lóbrega catedral el solemne tedéum con que festejaba la iglesia no sabemos bien á bien qué.

Ocioso nos parece decir que la llegada del Unico dió punto á la revolucion, agregando con esto nuevos y mas verdes laure-

les á la corona triunfal que habia recogido, abandonando el campo de batalla en la famosa Angostura.

Pero lo que sí no podemos pasar en silencio es que no hubo reparacion alguna para el gobierno, pues el vicepresidente se fué con cajas destempladas á su casa; y en cuanto á los pronunciados, tampoco ellos lograron aquello de que habian hecho punto, á saber, destituir á Farías sin rendir palias al presidente don Antonio.

Ello, preciso es confesar que este se condujo en el caso con su acostumbrada clemencia, como lo prueba el hecho de que sin embargo de la indignacion que manifestó al saber la noticia del pronunciamiento, no mandó empalar á ninguno de sus motores. (Continuará)

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

BIZCOCHOS AMERENGADOS.

Tres claras de huevo, seis onzas de azúcar en polvo, y otro tanto de almendras; amátese durante tres cuartos de hora, hasta que se vuelva una pasta. Háganse cajoncitos de papel, y poniéndose en ellos la pasta, aplíquense al horno al tiempo que saquen el pan, y después de una hora de cocimiento, sáquense.

Para impedir y curar los sabañones antes de que se raje la piel.

Un pedazo de alumbre ó salitre del tamaño poco mas de un garbanzo en la cantidad de agua hirviendo que quepa en una cucharita para café; báñese con esto la parte enferma á noche y á mañana, dejándose secar por sí sola dicha agua. Síganse estos baños por unos diez dias. Tambien es bueno el espíritu alcanforado.

LA FRIALDAD DE LOS PIES.

Esta proviene casi siempre de falta de ejercicio, ó del exceso ora en la comida, ora en la bebida. Hágase siempre ejercicio suficiente para ayudar á la digestion, es decir de cosa de dos horas al dia, cómase moderadamente, bébase poco de lo que no sea agua pura, y como no sea ocasionada de debilidad esta dolencia, que suele quitar el sueño, es muy probable que desaparecerá.

Para fijar los mangos de cuchillos y tenedores.

Resina y polvo de ladrillo, mézclense en cantidades iguales y derrítanse juntos en un trasto de barro: aplíquese caliente.

LA VIUDA Y EL ESCULTOR.

POR G. A. ARNATI.

MADAMA de Crussac era una viuda jóven y amable, que vivia en la calle San Florentino, la cual sale como es bien sabido de los que conocen á Paris, á la plaza de la Concordia.

Una preciosa mañana de verano, Adriana de Crussac, poco tiempo después de haber enviudado, encontrábase recostada sobre un blando sofá, en su sala de recibir.

Por todas partes resaltaba en aquel elegante retrete el mas exquisito gusto en la eleccion del magnífico ajuar, y por la preciosa gracia con que estaban dispuestos los diversos objetos de arte y lujo que en él se hallaban, hartó bien se echaba de ver que en ello habia andado la mano de una mujer. La hermosa habitante de aquel aposento estaba ataviada con un traje color de alhucema ajustado á la cintura con una *cordeliere*,¹ y sus primorosos piés, notablemente pequeños, teníalos medio calzados en un par de chinelas de piel de cabrito negra. Adriana era mujer que vivia envanecida de sus piés, hasta el extremo de la fatuidad; y acostumbraba dar con él golpe á fuerza de esmerarse siempre en el vestir. Tenia la cabeza apoyada sobre la mano, y el brazo, que para lu-

cir su perfeccion habia desdeñado de cubrirse con tela alguna, contrastaba en su ebúrnea blancura con el carmesí del raso del sofá sobre cuyo respaldo descansaba. Su hermoso cabello, que traia dispuesto en *bandeau* (faja ó diadema) era de un color pardo muy subido y estaba hecho ondas. Sus delicadísimas facciones, sus finisimas cejas y su tersísima tez, anunciaban hartó á las claras que era ella una de esas beldades distinguidas que comienzan aunque tarde á llevarse la admiracion de la sociedad, y sus ojos naturalmente medio cerrados, cada vez que se levantaban los párpados, acusaban la viveza así como lo penetrante de su mirar.

Pero ¡á qué detenerse en detallar sus perfecciones, á qué hablar de lo peregrino de su talle, de lo delicado de su mano? Basta ya con lo dicho para que el lector complete con su imaginacion la pintura que no hemos hecho mas que bosquejar.

Sentada pues Adriana de Crussac, consultaba sin cesar y con visible impaciencia las manecillas de su reloj de mesa, como si se le hiciera pesado el tiempo ó estuviese con ansia aguardando la llegada de alguna visita.

A la cuarta ó quinta vez de poner los ojos en el reloj, ya que comenzaba á fruncir el entrecejo, y que parecia estar á pun-

¹ Cinturon de cordón á estilo del de los franciscanos.